

Entrada Libre

Los Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Adolph F. Bandelier

Eduard Seler, antes de aventurarse por primera vez en México en 1887, buscó en la ciudad de Santa Fe, Nuevo México, el consejo y la guía del sabio Adolph Bandelier (Berna, 1840–Sevilla, 1914). Para finales de la década de los ochenta decimonónicos las investigaciones y erudición de Bandelier le habían conferido un sólido prestigio entre los estudiosos de las antiguas civilizaciones del continente americano, y era autor de un puñado de libros indispensables como *On the Art of War and Mode of Warfare of the Ancient Mexicans* (1877), *On the Social Organization and Mode of Government of the Ancient Mexicans* (1879), *Report of an Archaeological Tour in Mexico in 1881* (1884). En Santa Fe, Seler tuvo la oportunidad de ver el manuscrito de 1400 fojas titulado “Histoire de la Colonisation et des Missions de Sonora, Chihuahua, Nouveau-Mexique, et Arizona jusqu’à l’année 1700”, escrito por el propio Bandelier, así como su anexo de cuatro álbumes de bocetos y mapas, antes de que el arzobispo John Baptiste Salpointe de Nuevo México lo obsequiara al papa León XIII y se extraviara temporalmente en la Biblioteca Apostólica Vaticana. Por aquel entonces Bandelier se preparaba para pasar la página de su temporada en el suroeste de Estados Unidos y adentrarse en Perú; trabajaba en la novela con la que se propuso describir para el lector no especializado la vida de los indios pueblo antes de la llegada del hombre blanco en *The Delight Makers* (1890) y trabajaba también en uno de sus estudios más apasionantes, *The Gilded Man (El Dorado) and Other Pictures of the Spanish Occupancy of America* —cuya edición corrió a cargo de Thomas A. Janvier y se publicó en 1893, cuando su autor ya se encontraba en Perú. En el centenario de la muerte de Bandelier vale la pena recordarlo como sea, asomándose, por ejemplo,

a las páginas que preparó para acompañar su limpia edición de *The journey of Alvar Cabeza de Vaca and his companions from Florida to the Pacific, 1528-1536* (Nueva York, A. S. Barnes & Co., 1905), traducido al inglés por Fanny Bandelier. Por la nota y la traducción: Antonio Saborit.

ESTE VOLUMEN ofrece la narración original del primer hombre blanco que cruzó América del Norte. El sorprendente viaje de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo Maldonado y Estebanico el moro, desde Florida hasta el noroeste de México (Sonora y Sinaloa), cerca de la costa del Pacífico, antecede a las expediciones de Coronado y De Soto, cuyas historias ya se publicaron en *The Trail-Makers*.¹ Sin embargo, le sienta bien a la narración de Cabeza de Vaca el que se publique después. Comparado con cualquiera de los viajes de ellos, el de Cabeza de Vaca y sus compañeros no es más que un episodio, relevante, sí, pero un incidente ocasionado por un fracaso desastroso. Esta historia describe —y de una manera parca comparativamente— tan sólo los resultados de la expedición emprendida por Pánfilo de Narváez en 1527, y un resultado que nada tiene que ver con Narváez y su desafortunado proyecto. Sin embargo, es cierto que la aparición de Cabeza de Vaca y de sus compañeros de desgracia en Culiacán, y sus aseveraciones, dirigieron la atención de las autoridades españolas en la joven ciudad de México hacia el norte más que los informes sobre las Siete Ciudades y que las incursiones que por allá realizara Nuño de Guzmán. Aun así, la relevancia de la historia de Cabeza de Vaca no se debe tener en un altar. El escrutinio de la narración muestra que los tristes nómadas del desierto *no* fueron los “descubridores de Nuevo México” —como se admite desde hace tiempo. Nunca vieron, ni sostienen haber visto, ninguno de los llamados “pueblos”. Sólo *oyeron* de ellos, de una manera más o menos confusa. Por otra parte, más precisa que su información en este punto es lo que dijeron sobre



¹ *The Trail-Makers*, o *Los hacedores de camino*, es el título de la serie que formó John Bach MacMaster para la editorial A. S. Barnes & Co. Además de los *Naufragios*, ahí aparecieron: William Francis Butler, *The Wild Northland. The Story of a Winter Journey With Dogs Across Northern North America, 1872-3*; Daniel Williams Harmon, *A Journey of Voyage and Travels in the Interior of North America*; Cadwallader Colden, *A History of the Five Indian Nations of Canada Which Are Dependent Upon the Province of New York*; la edición del propio John Bach MacMaster, *History of the Expedition Under the Command of Captains Lewis and Clark to the Sources of the Missouri*; Alexander Mackenzie, *Voyages from Montreal Through the Continent of North America to the Frozen and Pacific Oceans in 1789 and 1793*; *The Journey of Coronado, 1540-42* (trad. y ed. de George Parker Winship y Edward Gaylord Bourne), *Narratives of the Career of Hernando de Soto in the Conquest of Florida, 1539-1542*. (N. del T.)

las praderas, sus indígenas; y parece estar fuera de toda duda que el primer informe que se tiene sobre el bisonte americano, o búfalo, se debe a sus descripciones.

En las mentes de los ocupantes españoles de México, sobre todo lo que se puede llamar la población flotante (proporcionalmente amplia entonces, así como en todas partes de los territorios ocupados), la impresión de la hazaña realizada por los viajeros y el relato de sus inigualables sufrimientos produjeron un efecto más profundo que en las autoridades. La gente vio en sus informes un boceto para un posible avance en el más allá desconocido. La imagen del territorio que atravesaron resultó, en general, nada seductora, pero la alusión a asentamientos permanentes más allá de las poco atrayentes praderas se vio como toda una promesa. El resultado fue una moderada “emoción” entre los aventureros y los ociosos, y de esta emoción supo sacar muy bien provecho el virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza.

Este alto funcionario, tan sagaz como cauto, vio los verdaderos méritos de Cabeza de Vaca —quien es la figura representativa en todo el episodio— con reserva. El 11 de febrero (en el calendario antiguo) de 1537, le escribió a la emperatriz encomendando a Cabeza de Vaca y Dorantes (la carta menciona a Dorantes, pero fue Castillo quien viajó a España con Cabeza de Vaca) a la benevolencia del monarca, en consideración “a lo que en efecto han trabajado [en este país] y padescido y a la voluntad que tienen de continuallo alla y aca donde se les mandare”.² Mendoza no parece darle sino una modesta relevancia a los resultados prácticos de las aventuras de ellos. En esa misma carta afirma que los nómadas ya le hicieron un informe de su viaje, reporte que antes él mismo ya había enviado a la emperatriz. No puede ser el que contiene la *Historia general y natural de Indias* de Oviedo (edición de 1850, tomo III, libro XXXV), ya que este último iba dirigido a la Audiencia de Santo Domingo. Hay un fragmento de una Relación que se atribuye sólo a Cabeza de Vaca, sin fechar, en el tomo XIV de los *Documentos inéditos de Indias*. Se lee como un *résumé*, o síntesis, de la narración que ofrece este volumen. Este fragmento concluye abruptamente en el punto en que se preparaba un encuentro de Cabeza de Vaca y Dorantes. Se titula “Relacion de Cabeza de Vaca, tesorero que fué en la conquista” y lo antecede una copia trunca de las instrucciones que el rey diera a Cabeza de Vaca como “factor” de la expedición. Que este documento (señalado en el índice bajo un título sumamente engañoso) acaso sea el primer informe que se menciona en

La imagen del territorio que atravesaron resultó, en general, nada seductora, pero la alusión a asentamientos permanentes más allá de las poco atrayentes praderas se vio como toda una promesa.

² Archivo General de Indias, Patronato, 184, R.27, folio 1, recto. (N. del T.)

La carrera de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en América fue particularmente desgraciada.

Tras el desastroso final de la expedición de Narváez y su (casi milagroso) regreso a España, obtuvo como recompensa por sus sufrimientos el cargo de gobernador de los asentamientos en el río de La Plata, vacante desde la muerte de Pedro de Mendoza.

la carta de Mendoza de febrero de 1537, no soy capaz de señalarlo, pero hay ciertos indicios en favor de tal suposición.

La influencia que el regreso y los informes de Cabeza de Vaca y sus acompañantes pudieran haber tenido en la posterior empresa de Hernando de Soto fue, si acaso, sólo ligera. El contrato que hizo la Corona con este último el 20 de abril de 1537 (*Documentos de Indias*, tomo XXII, pp. 534-546: *Capitulacion que se tomó con Hernando de Soto, para conquistar y poblar desde el Rio de las Palmas hasta la Florida*) no permite ninguna conclusión sobre el particular. El primer informe de los desgraciados tal vez llegara a España antes de esa fecha, pero el 15 de agosto del mismo año Cabeza de Vaca seguía aún en Lisboa. Los informes de otros sobrevivientes de la expedición de Narváez (mencionada al final de nuestra narración como aquella con la que Cabeza de Vaca se topó en México y en España) no pudieron haber animado un nuevo intento por ingresar en Florida. Aun así, Soto trató de contar con los servicios de Cabeza de Vaca, pero no lo logró.

De la biografía de Cabeza de Vaca sólo se conocen bien las partes que se relacionan con su carrera en América. También se sabe que nació en Jerez de la Frontera, en España, y que por lo tanto era andaluz. Su padre —según Oviedo— fue Francisco de Vera, hijo del conquistador español de las Canarias, Pedro de Vera. Su madre fue Teresa Cabeza de Vaca, oriunda de Jerez. Por qué tomó el apellido de su madre en lugar del apelativo paterno, no lo sé decir. La familia Cabeza de Vaca llevaba, originalmente, el nombre de Alhaja. Fueron humildes campesinos hasta después de la batalla de Las Navas de Tolosa, el 11 de julio de 1212, en la cual el rey de Castilla, Aragón y Navarra derrotó a los moros. Días antes de la batalla, un pastor apellidado Alhaja les ofreció a las fuerzas cristianas mostrarles un sendero para evitar los pasos de montaña en posesión de las copiosas fuerzas moras. Para señalarlo, colocó a la entrada del desfiladero el cráneo de una vaca. En recompensa por este valioso servicio, Martín Alhaja, hasta entonces humilde campesino, recibió un título nobiliario, y cambió su apellido por el de Cabeza de Vaca en recuerdo del origen del mejoramiento de su condición social. Varios de sus descendientes gozaron de cargos relativamente altos, entre ellos don Pedro Fernández Cabeza de Vaca, electo maestro de Santiago en 1383.

La carrera de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en América fue particularmente desgraciada. Tras el desastroso final de la expedición de Narváez y su (casi milagroso) regreso a España, obtuvo como recompensa por sus sufrimientos el cargo de gobernador de los asentamientos en el río de La Plata, vacante desde la muerte de Pedro de Mendoza. Al asumir su cargo en 1541, en breve se volvió el objetivo de siniestras intrigas de

parte de sus subordinados. La animosidad en su contra se volvió, en 1543, abierta rebelión. Fue detenido y enviado a España en calidad de preso. Allá su (blando) cautiverio duró ocho años. Se afirma que vivió en Sevilla hasta edad avanzada y que ocupó, hasta su muerte (cuya fecha aún no he podido localizar) un cargo honorífico y harto lucrativo.

Sobre la conducta de Cabeza de Vaca como gobernador en La Plata, o Paraná, se dividen las opiniones de los testigos presenciales. Algunos hablan en su favor; otros, como el alemán Ulrich (o Huldreich) Schmiedel, de Straubing, le echaban en cara un comportamiento arrogante hacia sus hombres y crueldad. Oviedo, quien lo conoció personalmente y conversó con él sobre el asunto, no tomó partido. Parece ser probable que Cabeza de Vaca fuera un hombre honesto y de buenas intenciones, y tal vez hasta fuera un buen subalterno, pero no estaba hecho para un cargo superior. De ahí que resultara un fracaso en el momento en que ocupó un cargo por encima de sus capacidades.

Poco se sabe de los tres acompañantes de Cabeza de Vaca. Andrés Dorantes, quien fuera capitán con Narváez, era hijo de Pablo Dorantes, oriundo de Gibraleón, Castilla. Maldonado era de Salamanca, e hijo del doctor Castillo y de Aldonza Maldonado. Se dice que permaneció en España, en tanto que Dorantes permaneció en México y estableció, en 1538, un acuerdo con el virrey para un viaje de exploración hacia el norte de Sinaloa. Este viaje nunca se llevó a cabo. Por último el “negro” Estebanico era un moro árabe, del pueblo de Azamor, en la costa atlántica de Marruecos. Por lo tanto, no es improbable que no fuera un negro propiamente dicho, sino de una u otra de las tribus del desierto. Su suerte posterior se conoce bien: como guía y adelantado del padre Marcos, de Niza, se convirtió en la víctima de su propia imprudencia, o de su falta de entendimiento de las diferencias en las costumbres y credos de las tribus indígenas, muy distintas entre ellas.

Se sabe muy bien que Cabeza de Vaca escribió dos obras principales, ambas publicadas en Valladolid en 1555 por Francisco Fernández de Córdova. El primero de estos dos libros es una segunda tirada del que aquí se traduce. El otro ofrece una relación de sus vicisitudes en Paraguay y lo que hoy se conoce como República de Argentina, y lleva el título de *Comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Adalantado y Gobernador del Río de la Plata*. La impresión de 1555 es la más antigua que se conoce de los *Comentarios*. De los *Naufragios* que aquí se traducen se localizó una tirada anterior. De ella nada más se conocen dos ejemplares: uno, en perfecto estado, está en la sucursal Lenox de la Biblioteca Pública de Nueva York; el otro, algo dañado, en el Museo Británico. Ésta, que es la impresión más antigua de los *Naufragios*, es de 1542 y se publicó en Za-



mora. Se siguió su texto exclusivamente para esta traducción. Las reproducciones fotográficas (reducidas) de las portadillas de ambas ediciones y del colofón de la primera edición dan una idea de la apariencia de estos dos libros, cuya extrema rareza hace difícil que los vea el lector promedio. La edición de 1542 no está dividida en capítulos y ésta fue la que aquí se siguió.

Oviedo, quien ofrece el texto íntegro de la carta que Cabeza de Vaca y Castillo enviaron a la Audiencia de Santo Domingo al arribar a ese puerto en su regreso a España, en 1537, usó la edición de 1542 por compararla con esa carta. La segunda edición apareció dos años antes de su muerte (en 1557), pero es claro que no la usó.

Al comparar la carta a la Audiencia con el libro de Cabeza de Vaca, Oviedo se inclina en favor de la primera. Observa: “Pero en alguna manera yo tengo por buena la relacion de los tres é por más clara estotra quel uno solo haçe é hiço imprimir”.³ Pero Cabeza de Vaca fue uno de los tres que firmaron la Carta a la Audiencia, y este documento es sólo una narración más concisa que su libro, y no entra en conflicto con él en los puntos de relevancia. El libro lo escribió en España, cuando su autor tuvo tiempo para recordar y para escribir. En una nota al pie hago alusión a la aseveración, hecha en el libro, sobre pequeñas bolsas llenas de plata, las cuales, según Oviedo, sólo contenían mica. Sin embargo, esto él lo atribuye claramente a una *errata* de la impresión, no a un *error* del autor. En términos generales, la diferencia entre los dos documentos es tan pequeña que no ha habido oportunidad de publicar también la Carta a la Audiencia.

Oviedo menciona a Andrés Dorantes entre los firmantes de la Carta, la cual, como él dice, se envió a la Audiencia de Santo Domingo desde la Habana. Cabeza de Vaca afirma que Dorantes se quedó en Veracruz y que de ahí se regresó a México. Esto está completamente establecido por las comunicaciones del virrey, Mendoza, no obstante que Herrera dice que regresó a España con sus compañeros. Sin embargo, la objeción se puede hacer a un lado suponiendo, como es harto probable, que la Carta fuera escrita en México, cuando aún estaban los tres juntos.

Sin embargo, surge una muy seria objeción a la credibilidad de estas tres narrativas del hecho de que todas se basan únicamente en los recuerdos y no en diarios o notas de campo del tipo que fuera. Desde luego que era imposible para estos parias, al ir y ser llevados de una a otra tribu, registrar por



³ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, 2ª parte, tomo II, libro XXV, capítulo VII, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853, p. 645. (N. del T.)

escrito su viaje. Es así que no se espera que sean precisas muchas de sus descripciones.

Al cabo de ocho años de desgracias y sufrimientos constantes, la memoria se aferra más a las vicisitudes personales y la narración de estas últimas no parece exagerada. Las descripciones de los territorios que atravesaron son superficiales, como tienen que ser, y aun así dejan datos identificables, y lo mismo sucede con las descripciones de plantas y animales. Se reconoce que por medio de Cabeza de Vaca llegaron las primeras noticias del búfalo a Europa, y su descripción de las vacas jorobadas, si bien breve, es muy precisa.

Las descripciones de las costumbres y hábitos de las tribus o bandas de indígenas —en especial las que vivían hacia el oriente del río Bravo— deben tomarse, desde luego, con la debida reserva. Aun así, muchas de ellas tienen un valor etnológico. La imagen general de la condición de estas tribus es muy probable que sea exacta, mientras que, por otra parte, muchos detalles están probablemente mal tomados, al haber sido interpretados, o bien, observados de manera superficial. Valdría la pena realizar un estudio especial de esos datos etnográficos y compararlos con cualquiera de los materiales de este tipo consignados por exploradores y narradores posteriores.

En las aseveraciones relativas a las “curas de fe” que los viajeros sostienen haber realizado, y a las que ellos mismos atribuyen el éxito de su desesperado empeño por atravesar el continente, hay verdad y auténtico delirio. La propia medicina indígena se basa en buena medida en conceptos de ese tipo y el hipnotismo empírico desempeña un papel en las representaciones de sus físicos. Cabeza de Vaca, de manera inconsciente y por diferentes medios, imitó a los chamanes indígenas y es probable que tuviera éxito, cuando menos en un gran número de casos, en tanto que el procedimiento era nuevo y sorprendente. Que ellos atribuyeran sus éxitos al auxilio directo del poder divino estaba en correspondencia directa con el espíritu de la época y en modo alguno va en su descrédito. Por el contrario, hay una modestia digna de encomio al no querer ningún mérito para ellos. No se debe tampoco olvidar que los hombres en la excepcional situación en la que ellos estuvieron, sin esperanza razonable de salvación, perseguidos sin cesar por la desgracia y por las peores calamidades, llegaron a fin de cuentas a la nota más alta, y las exageraciones y los errores, por tanto, se vuelven excusables. No hay la menor duda de que creían sinceramente en sus propias frases. No sólo hay que tomar en cuenta los tiempos en que se hicieron los juicios, sino también la violenta presión a la que se vieron sometidos durante tanto tiempo.

En cuanto a la ruta que siguieron los desventurados sólo hay unos cuantos puntos confirmados. Las opiniones varían tanto

Cabeza de Vaca, de manera inconsciente y por diferentes medios, imitó a los chamanes indígenas y es probable que tuviera éxito, cuando menos en un gran número de casos, en tanto que el procedimiento era nuevo y sorprendente.

La bibliografía del libro de Cabeza de Vaca se cuenta rápido. Además de las dos ediciones mencionadas: la Editio Princeps de 1542, y la segunda de 1555, se conocen dos ediciones más en español.

que no trataré de trazar el rumbo de sus errancias salvo haciendo referencia al mapa que se anexa. El derrotero trazado es una mera sugerencia de aproximaciones posibles, tal como se plantean en él. Ha de ser modificado a resultas de las investigaciones en los propios territorios, las cuales no he realizado ni me veo en posibilidad de realizar por mi cuenta. Sin embargo, parece ser que el viaje por tierra de los tres dio inicio en algún punto al oeste del Misisipi y que cruzaron sucesivamente el estado de Texas y el norte de la República Mexicana hacia la parte central de Sonora. No es probable que pasaran por Nuevo México y ciertamente nunca vieron los pueblos de Nuevo México, pero supieron de ellos en Sonora. Cabeza de Vaca, por tanto, no hizo sino confirmar las vagas nociones que existían en su época sobre los indígenas sedentarios de Nuevo México, pero no fue el descubridor real de ese territorio.

La bibliografía del libro de Cabeza de Vaca se cuenta rápido. Además de las dos ediciones mencionadas: la *Editio Princeps* de 1542, y la segunda de 1555, se conocen dos ediciones más en español. La más temprana está en el segundo tomo de la colección de Andrés González Barcia, *Historiadores primitivos de Indias*, de 1749. Su título es: *Naufragios y relacion de la Jornada que hizo á la Florida, con Pánfilo de Narvaez*.

La otra está en el segundo tomo de *Historiadores primitivos de Indias, por Enrique de Vedia*. El título de ésta (cuyo texto se tomó de la edición de 1555) dice: *Naufragios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y Relacion de la Jornada que hizo á la Florida con el Adelantado Pánfilo de Narvaez*. Se sabe bien que los dos tomos de Vedia son reimpressiones de relatos e historias más antiguas que versan sobre América y que forman parte de la voluminosa colección titulada *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada en Madrid; ambos tomos de Vedia se imprimieron en 1852.

Una versión italiana, bajo el título de *Relation che fece Alvaro Nvnez detto Capo di Vacca, di quello ch'intervenve nell India all'armata, della qual era gouernatore Pamphilo Narvaez, dell anno 1527 fino all 1536, che ritorno in Sibilla con tu soli suoi compagni*, está en el segundo tomo de la celebrada colección de navegaciones y viajes de Gian Battista Ramuso, *Delle Navigatione è Viaggi*, 1556, Venecia.

En inglés hasta ahora han aparecido tres traducciones: En Samuel Purchas: *His Pilgrimage*, Londres, 1625-1626, tomo IX: *Relation of the fleet in India, whereof Pamphilus Narvaez was gouernor. The Narrative of Alva Nuñez Cabeza de Vaca*, traducido por Buckingham Smith, Washington, 1851. Esta traducción es justamente apreciada. Una segunda edición de la misma apareció en Nueva York en 1871, editada por John Gilmary Shea. Por último, existe una paráfrasis del libro en *Tales of Old Travels, Narrated by H. Kingsley*, Londres, 1869.

En francés existe una bien conocida traducción de H. Ternaux Compans en la primera serie de su colección: *Voyages, Relations et Mémoires originaux pour servir á l'histoire de la Découverte de l'Amérique*. Fecha de publicación, 1837. Título: *Relation Vaca, Adelantade et Gouverneur du Rio de la Plata*.

Una palabra sobre la traducción que aquí se ofrece. La narración de Cabeza de Vaca es muy difícil de traducir debido a que la crítica de Oviedo sobre su falta de claridad tiene buen fundamento. Muchas partes de los capítulos y también capítulos enteros son tan confusos que es imposible seguir el original sino remotamente y se tiene que recurrir a la paráfrasis. Aun así, en varios casos es posible que el significado permanezca en cierto modo oscuro. Es como si el autor, a consecuencia de su largo aislamiento y su trato constante con hablantes de otra lengua, hubiera perdido contacto con su lengua nativa. Hay menos de esto en su obra posterior, los *Comentarios*, escritos al cabo de años de trato ininterrumpido con sus paisanos.

Nueva York, 28 de marzo de 1905

La enseñanza y el espíritu de la investigación

John Livingston Lowes

Estudioso excepcional de la vida y obra de Samuel Taylor Coleridge y de Geoffrey Chaucer, John Livingston Lowes (1867-1945) no sólo escribió un par de obras notables en la historia literaria: *Convention and Revolt in Poetry* (1919) y *The Road to Xanadu. A Study in the Ways of Imagination* (1927), sino que además durante la mayor parte de su vida se las arregló para combinar la enseñanza con la investigación, en un tiempo en el que esta última se veía al margen de cualquier actividad relevante. Éste es el texto de la conferencia que Lowes impartió en junio de 1932 en la Universidad de Brown. Tomado de la revista *The American Scholar*, enero de 1933, volumen II, número 1. Traducción y notas de Antonio Saborit.

